

JUAN SEBASTIÁN GAVIRIA

Contenido explícito

UNA TRILOGÍA AMERICANA



Contenido explícito reúne tres novelas que examinan sin reservas la cultura norteamericana e iluminan sus rincones más complejos e ignorados.

Shotgun Zen, un retrato desolador que tiene como fondo el desierto del sur de Texas, cuenta la violenta historia de Carter Atwood, un joven campesino que huye de la ley acompañado por Floyd, su hermano autista. *Mojave Flowers* sigue los pasos de Lester Ramsay, un matón a quien la Legión Católica de la Decencia le encomienda recuperar un comprometedor guion en el Hollywood de los años treinta, donde la censura y el libertinaje se disputan el dominio de las calles. Y en *El futuro* Caleb Roarke, un piloto de motocicletas, arriesga su vida y su cordura en una búsqueda desesperada por encontrar la gloria en los brutales motódromos de principios del siglo veinte.

En este atrevido proyecto literario, la violencia, el humor, la sordidez y el amor se suman para brindar una idea tan sincera como descarnada del lugar que ocupa el hombre en el mundo moderno.

Índice de contenido

Cubierta

Contenido explícito

Shotgun Zen

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

Mojave Flowers

1

2

3

- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24

El futuro

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

Agradecimiento

Sobre el autor

Notas

SHOTGUN ZEN

A mi padre

1

Las llantas golpeaban contra los guardabarros, la carrocería desajustada se sacudía y las copas de las ruedas amenazaban con salir a volar tras cada bache en el camino despavimentado. En el interior polvoriento de aquel Chrysler azul celeste cientos de tornillos oxidados sonaban como pajaritos sedientos que trinaban desesperados por una gota de aceite. El cuero rajado de los asientos había sido remendado con trozos de gruesa cinta adhesiva metálica, cajetillas de cigarrillo vacías y envoltorios de comida chatarra yacían bajo los pedales, y la docena de latas de cerveza estrujadas que se amontonaban bajo el asiento del copiloto tintineaban, haciendo imperceptibles los chillidos lastimeros del perro que viajaba ovillado en el asiento trasero. Tiritaba de pavor y tenía el hocico envuelto en un alambre que había alcanzado a hundirse en su carne y que enrojecía su pelaje blanco. El conductor, un hombre que vestía unos viejos jeans y una ajustada camiseta blanca manchada de café y sudor, observaba cada tanto al animal por el espejo retrovisor, constatando que no se hubiese liberado del precario bozal. Luego soltaba alguna maldición entre dientes y volvía a concentrarse en el camino. Debía conducir valiéndose solamente de su mano derecha. Llevaba el antebrazo izquierdo recogido sobre los muslos, envuelto en un vendaje amarillento y ensangrentado, frente al balón templado de su panza.

—Firmaste tu puta sentencia de muerte, cabrón —le dijo el hombre al animal—. Tu puta sentencia de muerte.

Apareció un letrero de madera suspendido por dos postes en el borde del camino. Era la primera señal de vida que veía en los últimos cuarenta minutos de avance. Junto al letrero había un sendero arenoso que se hundía contra el horizonte en medio de arbustos espinosos y altos pastizales resecos. El hombre frenó bruscamente y permaneció unos minutos con los ojos puestos sobre el letrero. Con no poco esfuerzo leyó las palabras grabadas en la madera. Rancho Atwood. Venta de cerdos. Una milla. Bajó del auto y paseó la mirada en rededor. Silencio, altas briznas de hierba amarilleadas por el sol y pisoteadas por la brisa, algunos conos de polvo bailando a la distancia. Abrió el baúl y observó el interior con el ceño fruncido. Una caja de herramientas metálica, un costal, una soga gruesa, un tubo de acero galvanizado y dos contenedores vacíos de aceite de motor. Valiéndose solo de su mano derecha, tomó la soga y la colgó sobre su hombro. Al cerrar el baúl vio al perro por la ventanilla trasera. El animal, aún embozalado, había estirado el cuello y miraba a través de los vidrios cubiertos de polvo, moviendo su hocico, contrayendo su naricita ensangrentada, intentando averiguar dónde estaba.

El hombre respiró hondo y desenvolvió la venda muñeada que le cubría el antebrazo izquierdo. Ahí estaba. Las profundas heridas parecían una rúbrica exótica grabada en carne. Al menos la hemorragia se había detenido, y la sangre en cada una de las profundas heridas comenzaba a secarse. Abrió y cerró la mano, constatando que podía mover sin dificultad los dedos. Para formar un nudo corredizo con la soga se vio obligado a emplear la mano izquierda. Cada vez que apretaba los dedos, un dolor fulminante nacía de su antebrazo y trepaba hasta su hombro.

Tiró del extremo de la soga, arrastrando al perro hasta uno de los postes del letrero. Después de asegurarlo con un nudo doble, dio dos pasos atrás y miró al animal. De modo que así terminaba. Todo el trabajo duro había sido delegado a los azares del desierto del sur.

El perro vio que el auto avanzaba por el camino, hundiéndose en la cortina de polvo que las ruedas levantaban, hasta que los traqueteos y quejidos de la máquina destartada fueron reemplazados por los cantos intermitentes de los grillos y el crepitar constante de la planicie. A medida que aquel Chrysler celeste se alejaba, el mundo se iba convirtiendo en un lugar más grande y solitario. Sentado, con las musculosas patas delanteras enmarcando su amplio pecho, el animal permaneció expectante, olfateando el aire, oteando a la distancia. Finalmente se echó e intentó quitarse con las patas delanteras el alambre que le mantenía el hocico sellado. No lo consiguió. Entre más luchaba, más se encarnaba el alambre en su piel. El sol se descolgó por el occidente, tiñendo de malva y rosa las escasas nubes suspendidas sobre la línea del horizonte. La oscuridad se instauró. El perro se ovilló contra el poste al que estaba atado y cerró los ojos.

Hacia la medianoche lo despertó el hedor de un zorrillo. Se incorporó y comenzó a gruñirle a la oscuridad. Un relámpago mudo iluminó la noche, permitiéndole ver la cola peluda y los ojillos brillantes del animal. Luego vino otro fogonazo de luz blanca. En el intervalo, el zorrillo se había movido unos cuantos metros hacia la derecha. El perro intentó ladrar pero el bozal hizo que sus ladridos sonaran como una tos agónica. Un tercer relámpago relumbró, pero el perro no pudo detectar más que el círculo de miasma pútrido que el zorrillo había tejido en torno suyo antes de desaparecer. Cuando el hedor se disipó del todo, el perro se echó de nuevo, apoyando la cabeza sobre sus patas delanteras. Finalmente se durmió, arrullado con sus propios gruñidos.

Pasó toda la mañana acostado, recibiendo de lleno la luz del sol. La noche había sido tan fría, que ahora el inclemente sol parecía brillar con benevolencia. Eso cambió hacia el mediodía, cuando el perro tuvo que cobijarse bajo la sombra insuficiente del poste, dando pequeños pasos y tra-

zando apretados círculos para evitar que el suelo calcinante le cocinara las patas.

Los coyotes no venían de cacería sino que avanzaban patrullando su territorio, antecidos por pájaros que evacuaban sus nidos y liebres salvajes que sacudían los arbustos bajo los cuales se escabullían. El perro intentó huir, pero la soga se templó bruscamente, por poco partiéndole el pescuezo. Se echó otra vez contra el poste, agazapado, las patas traseras temblándole, y esperó. Eran tres coyotes. El más grande marcaba el rumbo y los otros dos avanzaban tras él en formación de triángulo, cubriéndole los flancos. Desde el otro lado del camino polvoriento, el líder levantó la cabeza sobre los pastizales y clavó sus ojos inexpresivos en los del perro. Ambos, perro y coyote, miraron en torno suyo y volvieron a encararse. Gruñidos igual de imponentes brotaron de ambos lados del camino. El triángulo de coyotes avanzó hacia el perro, que se incorporó y bajó la cabeza, erizando el lomo y asomando los colmillos delanteros entre los círculos de alambre que lo amordazaban. Los coyotes se separaron caminando despacio, rozando el suelo de polvo con el hocico, silenciosos, sabios. De pronto, uno de ellos se escurrió alrededor del perro y descargó una dentellada contra una de sus patas traseras. Se escuchó un lamento dolorido. Y luego sonó un disparo.

El coyote se desplomó, herido de muerte, y los otros dos huyeron despavoridos, sabiendo muy bien que la detonación representaba la presencia de cazadores. El perro se giró y enfrentó con igual fiereza la nueva amenaza, gruñéndoles a las dos siluetas humanas que se acercaban.

—Qué cabrón —dijo Zane Atwood—. Solo míralo, hijo. Le acabamos de salvar el pellejo y el muy hijo de puta quiere devorarnos.

—¿Podemos ayudarlo? —preguntó Carter levantando la mirada hacia su padre.

—No sé —Zane evaluó al perro, preguntándose cómo había acabado atado a aquel poste, y cuál sería su reacción

si intentaban liberarlo.

—Es un perro hermoso.

Y tal vez lo era. Estaba en unas circunstancias del demonio, pero podía ser un buen animal. Parecía una mezcla. Era blanco, de ojos negros. De la raza pointer tenía el cuerpo grácil y liviano, además de los motes oscuros que le salpicaban la parte posterior del lomo y las patas traseras. Por el otro lado, la amplitud de mandíbulas y la anchura de pecho hacían pensar en un pitbull terrier. Zane Atwood y su hijo Carter permanecieron varios minutos ante el perro, que pronto se hizo a la idea de su presencia y dejó de gruñir.

—Esto es lo que vamos a hacer, hijo —propuso Zane descansando la escopeta abierta sobre su hombro—. Lo liberamos y cuidamos sus heridas. Cuando esté bien lo llevamos de cacería. Si muestra madera de cazador, nos lo quedamos. De lo contrario...

—Llamémoslo Tank... Tank es un buen nombre para este perro.

Zane se aproximó al animal. Con cada paso que daba, los tiros calibre doce resonaban en el interior de la cartuchera de cuero que colgaba de su cinto. El animal acabó por bajar la mirada ante la presencia del hombre, que rezumaba confianza en sí mismo. Zane vestía como tantos cazadores del sur de Texas, con una gorra sobre la cabeza, camisa beige empapada de sudor, jeans y las ineludibles botas tejanas. Detrás suyo, el pequeño Carter aguardaba. Por el borde del bolso de piel de nutria que llevaba terciado al hombro asomaban las plumas coloridas de algunas codornices arlequín, las más comunes en aquella región del condado de Tom Green.

—¿Oíste lo que acabo de decir? —Zane estaba acuclillado ante el perro y empuñaba en su mano derecha un cuchillo, mientras con la izquierda templaba la sogá que mantenía al animal atado al poste—. Tenemos que estar de acuerdo en eso si quieres que lo libere... Si es un buen pe-

rro de muestra, nos lo quedamos. Si no, salimos de él. ¿Entendido?

—Pero... ¿Cómo salimos de él?

—Así —dijo Zane señalando al coyote que yacía en el borde del camino con un hoyo en el cuello y seis perdigones doblecero en su interior.

—De acuerdo —afirmó el pequeño tragando saliva.

2

Royce Maddox contempló la casa, con su fachada de viejas tablas escarapeladas, el porche que se había convertido en un depósito improvisado para todo tipo de basuras y herramientas inservibles y la lengua cuarteada de cemento que iba del andén a la entrada. Las ventanas estaban tapadas con láminas de madera, y parte del techo había colapsado hacia el interior. Junto a la casa se encontraba un tráiler que también parecía abandonado, con sus llantas desinfladas y la carrocería deteriorada. En el andén había cubos metálicos rebosantes de bolsas negras de basura, al igual que frente a todas las viviendas de la zona. Exceptuando a Royce, quien podría haber sido tomado por un vendedor de enciclopedias o cualquiera de esas otras existencias imperinentes que las amas de casa despachan con un bufido a través del anjeo de sus puertas, la calle estaba desolada.

Caminó con el ritmo cadencioso de una cojera apenas perceptible y se detuvo en medio de la calle. Estaba vestido con traje y corbata, zapatos lustrados y camisa blanca. Llevaba el pelo perfectamente peinado, y sus labios delgados parecían esbozar una mueca de asco. Contempló las hileras de árboles que arrojaban sombras insuficientes sobre viejos autos aparcados en el borde de la calle, algunos de los cuales ya no tenían ruedas y estaban suspendidos sobre ladrillos. Luego miró los cubos de basura deformados por incontables abolladuras, y volvió a observar detenidamente el carro-casa.

Cerró la puerta a su espalda y paseó la mirada por el interior del tráiler. Lo primero que vio fue a un hombre acos-

tado boca abajo en un sofá, con el rostro aplastado contra el cojín. A juzgar por la ciudadela de botellas que se erguía sobre la mesa, el tipo estaba fulminado de la borrachera. El lugar hedía. En la pared encima del sofá había un estante con veinte o treinta discos de acetato y dos retratos enmarcados. A su izquierda, Royce vio un televisor viejo sobre un pequeño mueble. Estaba encendido, pero sin volumen. Detrás del televisor se hallaba una exigua cocina con un lavaplatos y una estufa de dos puestos. En un mesón junto a la estufa había una cafetera conectada a la pared, bajo unos gabinetes que tenían las puertas desencajadas. A la derecha de la sala quedaban la habitación y el baño. En la pared, sobre el cabezal de la cama, había un afiche enmarcado de Mohamed Ali en posición de guardia. Royce tomó asiento frente al hombre que dormía en el sofá y lo contempló sobre los picos de las botellas que atiborraban la mesa. Sacó una fotografía del bolsillo interior de su traje y la contempló. Eran un puñado de tipos sonrientes que levantaban en el aire sus jarras de cerveza. Detrás de ellos se veía un blanco de dardos y un letrero de neón que señalaba la ubicación de los baños. El rostro de uno de los hombres estaba encerrado dentro de un grueso círculo de marcador rojo. Era una cara rechoncha con el cráneo afeitado, mejillas rojas y barba en forma de candado. Levantó la mirada y volvió a observar al hombre que yacía en el sofá. Se había afeitado el candado, pero era el sujeto de la foto. Tomó un encendedor de la mesa y le prendió fuego a la fotografía por una de las puntas. La dejó arder en un cenicero que hacía equilibrio en el borde de la mesa junto a las botellas. Se puso de pie y, mirando al hombre desde arriba, deshizo el nudo de su corbata y la sacó lentamente del cuello almidonado de su camisa.

Leer huellas en el lodo. Llevarse pedazos de mierda a la nariz y desmenuzarlos con los dedos para estimar el tiempo que llevan secándose al aire libre. Detectar ramas quebradas en medio de los arbustos, acercar la mano a hogueras